



PENÍNSULA ODISEAS

Me llamo Nueva York

Francesc Peirón

Aventura por el mapa de la geografía humana de la Gran Manzana

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PREÁMBULO. CENIZAS EN EL HUDSON

1. LA CONFESIÓN DE RENÉE

2. DERRICK Y SHABAKA

3. EL HORCHATERO DE BROOKLYN

4. ASHRITA PUEDE CON TODO

5. ¿QUIÉN ERA GEORGE ZAMBRANA?

6. SIMONEZ NUNCA DICE NO

7. SI MIRAS DEBAJO DE LA PELUCA

8. BAD HOMBRES (Y MUJERES)

9. TÓCALA OTRA VEZ, CHICKEN

10. CAMINANTE, SE HACE CAMINO AL ANDAR

11. ¡QUE LE QUITEN LO BAILADO!

12. LA DAMA DE NEGRO

13. FRED TIENE UNA SORPRESA PARA TI

14. TODO A LA VISTA, SALVO SU IDENTIDAD

15. MISS SUBWAYS

16. EL RESCATADOR DE TESOROS

17. EL DILEMA: ¿HACHAS O BOLOS?

18. VECINOS
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Nueva York puede contarse de muchas maneras, pero solo hay una de penetrar hasta el fondo en el alma de la ciudad: a través de las vidas de aquellos que la habitan.

Así, gracias a Francesc Peirón, conocemos a Ashrita Furman, el hombre que más récords Guinness acumula de todo el mundo. A sus 64 años, sigue entrenándose cada día en su casa de Queens para conseguir ser quien más botellas de champán abre con un sable o quien más distancia recorre sobre unos zancos. A un salto de metro, en Brooklyn, se encuentra el cementerio de Greenwood, donde Peirón se cita con la que desde hace más de tres décadas es la enterradora más famosa de Estados Unidos. En su pasado hay varios libros y un posado en Playboy. También están los dos reclusos, mejor dicho, exreclusos. Se pasaron unos cuantos años en la cárcel acusados de un crimen que no habían cometido. Son negros, por supuesto. Nada más salir de prisión abrieron un negocio de hostelería, los dos juntos. Algunos bromearon con que habían cambiado los bars, los barotes, por el bar.

Sus historias, y las de muchos otros, conforman un mosaico de realidades humanas tan increíbles como la ciudad en la que habitan. Porque este es un viaje por las historias reales que mejor explican la ciudad más famosa del mundo.

Me llamo Nueva York

Francesc Peirón

Aventura por el mapa de la geografía
humana de la Gran Manzana

ediciones península

A Max y a Rosa

PREÁMBULO

CENIZAS EN EL HUD- SON

Si hay que adentrarse en el territorio inexplorado de la eternidad, mejor que sea en Nueva York. Así lo planeó el amigo Roger, que dispuso en su testamento la postrera voluntad de que sus cenizas se esparcieran en la orilla del río Hudson.

Haciendo gala de lo que parece ser el particular humor de los de Bangor, su ciudad natal, en el estado de Maine, Roger bromeaba sobre que el viento le llevaría por todo Manhattan sin problemas de tránsito. De esta manera, al albur del oleaje, continuaría disfrutando en el más allá de las divas y sus voces en las noches de estreno del Metropolitan Opera House, su pasión.

Una tarde, en una cita en la plaza del Lincoln Center, a las puertas del célebre teatro lírico, y a la espera de una valquiria o una traviata, dato concreto que se ha extraviado en el laberinto de la memoria, formuló un acertijo mientras contemplábamos cómo el agua hacía piruetas en la fuente monumental.

—¿Sabes por qué Stephen King escribe relatos de terror?

—Ni idea.

—Porque es de Bangor. Y sigue viviendo allí para inspirarse.

Roger Lothrop expresaba poco aprecio por su tierra de origen, una localidad atlántica del interior en la que, como le sucedió a su madre tras expirar en vísperas de cumplir los cien años, a los fallecidos en los meses de frío había que «conservarlos» en una sala refrigerada para darles sepultura a partir de primavera, por estricto orden de defunción.

Debían esperar a recibir el descanso perpetuo hasta que la gruesa e impenetrable capa de hielo del camposanto se licuara para poder excavar el agujero de su morada definitiva.

Tal vez por la aversión a que lo encerraran en una nevera, Roger prefirió el calor del crematorio.

A la que pudo mudarse de Bangor —y esa oportunidad se la brindó en 1962 el ingreso en la universidad—, hizo las maletas y puso rumbo a otro horizonte: Boston. Una vez concluida allí su estancia, emprendió vuelo desde la ciudad de Massachusetts, que tampoco es precisamente el paraíso para los que aborrecen el rechinar de los dientes, y cruzó el país de lado a lado para instalarse en el extremo opuesto. Sol y moscas, según el dicho popular.

Ejerció de californiano durante décadas. Entró en el estado del oro por San Francisco, en 1967, durante el descrito como «el verano del amor». También residió en Los Ángeles e incluso en San Diego.

Sin embargo, Roger probó fortuna con sus proyectos comerciales en Nueva York y ahí estableció su domicilio. Le cautivó. Otro más en esa lista infinita, otro neoyorquino sobrevenido. Y eso que, en ocasiones, la Gran Manzana le desquiciaba por su agobio. Entonces, siempre comedido y rememorando su nostálgica felicidad de la primera madu-

rez, y, cómo no, la caricia solar si la tarde era glacialmente invernal, amenazaba con regresar a la costa oeste, a una existencia más relajada, menos competitiva que en el este.

Solo amenazaba.

Pero es cierto. A veces entran ganas de echar a correr. De cuando en cuando, como le ocurría a Roger, surge un deseo súbito de ponerse en la piel de Forrest Gump y trotar sin rumbo. Lo más lejos posible.

Esas jornadas en las que se escucha el «*excuse me*», después de haber sido arrollado intentando entrar en un vagón de metro —primero te atropellan y luego se disculpan—, pues sí, en esas jornadas todo consiste en pensar en la huida, en escapar de esa marabunta de humanidad en que se ha convertido esta metrópolis.

Nueva York está que se desborda por sus costuras. El índice de desempleo se situó a finales de 2017 en uno de los niveles más bajos de la historia reciente, dato que indica su pujanza y magnetismo, circunstancias que, sin embargo, esconden en muchos casos unos salarios de miseria. La construcción de rascacielos, principal seña de identidad y reclamo publicitario, recuperó su esplendor tras el terrible golpe a la moral y a la economía que supusieron los atentados de 2001.

El mejor termómetro de esta fiebre se halla a lo largo de la calle 57, con vistas a Central Park, también denominado «el corredor de los millonarios» por los exorbitados montones de dólares que se pagan por apartamentos con panorámicas estratosféricas. De vértigo, para las sensaciones y la chequera.

Además de los ocho millones y medio de residentes habituales, de esa movilidad laboral y mercantil diaria de los que entran y salen, también se han de contabilizar los visi-

tantes ocasionales o de temporada, apartado en el que la ciudad no parece tocar techo. El récord histórico se estableció en más de 60 millones de turistas anuales. Por lo visto, esa especie en peligro de extinción que es la clase media todavía tiene resuello.

Queda claro que esa invasión de los bárbaros modernos, por pacífica que sea —a pesar del palo de las *selfies*, la gente no viene esgrimiendo lanzas—, no resulta de fácil digestión por mucho que se reparta a lo largo de los meses. Y menos todavía bajo «el efecto amontonamiento», como lo definía Roger en sus momentos críticos, en referencia al interés creciente por un área acotada dentro de una extensión espacial bastante superior. La parte por el todo.

—Nueva York es Manhattan, de la Universidad de Columbia al *downtown*, y un pequeño trozo de Brooklyn.

—¿Y el resto?

—Como cualquier otra parte del mundo..., o del tercer mundo.

Aún tuvo tiempo, en sus idas y venidas de la conciencia, de conocer la victoria del liberal Bill de Blasio al alcanzar la alcaldía, a principios de noviembre de 2013. El candidato se ganó la vara de mando con una campaña fundamentada en la apelación dickensiana de las dos ciudades.

Un «bla bla bla», replicaría Roger en caso de que aún estuviera por aquí en versión corpórea y su espíritu no se dedicara a zascandilear por el Hudson. De Blasio revalidó su apuesta cuatro años después con un nuevo eslogan. «Esta es tu ciudad.» En realidad, más o menos la misma. Los ricos —ese 1 % que popularizó en 2011 el movimiento de los indignados de Occupy Wall Street acampados en Zuccotti Park— son aún más ricos, mientras que el contingente de *homeless*, o ciudadanos sin hogar, superó la barrera de los 60.000.

Este número, sin parangón en el pasado, remarca el

abismo de la desigualdad social, y desnuda la crudeza de un sector inmobiliario sin piedad. Esto es la jungla. «*Business is business.*»

Entre contradicciones, sin el gamberrismo o la creatividad inigualable que la caracterizó o, mejor dicho, a causa de la homogeneidad planetaria que ha establecido la inmediatez del mundo digital, esta Nueva York no sorprende como antes, a pesar de que su oferta cultural y social resulta inabarcable y sin igual. «Mi hermana se ha marchado de Nueva York porque sentía nostalgia de su ciudad en su propia ciudad», relata John Freeman Gill en su novela *The Gargoyle Hunters* (2017), que es casi un canto épico a la década de los setenta en el territorio donde nació, creció y reside su autor, que se acerca a la edad de los seis decenios.

Pero, entre esas nostalgias por lo que fue y ya no es, su capacidad de atracción está más que vigente y se mantiene en la cumbre como la tierra prometida, donde los sueños se hacen realidad.

Funciona sin desmayo, pese a la equiparación global, esa creencia de que en la Gran Manzana todavía es posible pegar el mordisco de tu vida y despegar hacia algo mejor. «No importa dónde te sientas en Nueva York, puedes experimentar la vibración de los grandes tiempos y de los grandes acontecimientos», escribió en 1949 E. B. White en su libro *Here Is New York*, una evocadora visión, un gigantesco relato dentro de un escueto volumen y que hace honor al dicho de que el buen perfume, en frasco pequeño.

Han pasado cerca de setenta años desde que White publicó su ensayo, o lo que también se ve como la quintaesencia de una carta de amor a la ciudad, y cuantiosas de las cosas físicas que constató dejaron de existir. «El lector encontrará ciertas observaciones que no son ciertas, por el

paso del tiempo y por el movimiento del péndulo», advierte en el arranque de su prólogo. Frase más que aplicable a lo que sucederá en estas páginas.

Sin embargo, la idiosincrasia, esa peculiaridad de absorber todo lo que llega, se mantiene vigente. La diversidad de su población la sitúa en la cima de la variedad étnica. «La ciudad es hoy políglota y polícroma, más cosmopolita que las Casablanca o Shanghái de las películas, sin que flote en el aire la amenaza criminal», remarca Joseph Berger, uno de los cronistas más reputados. «El mundo entero se puede hallar en esta ciudad», añade en su obra *The World in a City* (2007), en el que ejerce de corresponsal o de enviado especial por los diferentes «archipiélagos» que la componen.

Nueva York era uno de los temas recurrentes en la conversación de Roger. Le gustaba curiosear por las calles, tomar notas, buscar referencias. En una ocasión me invitó a hacer un experimento de campo. Consistió en apostarse junto a uno de los nuevos y brillantes edificios de oficinas del distrito financiero, en el entorno del renacido World Trade Center surgido desde la profundidad del agujero de la Zona Cero, que ha supuesto, además, una expansión sin igual como área residencial. De los 27.000 vecinos que había el trágico 11 de septiembre de 2001 se ha pasado a más de 60.000.

Por las puertas del rascacielos entraban los blancos (sin que faltaran asiáticos), por lo general trajeados, con corbata y maletín; los negros, con los monos o los identificativos típicos del servicio de mantenimiento; y los hispanos, divididos entre integrantes del escuadrón del mocho, ellas, y repartidores y recaderos, ellos. En ese edificio se cruzaban todos, apuntaba el amigo Roger, en un ejercicio de convivencia que no se reproduce en los barrios. Al acabar la jornada laboral, el metro en especial —las venas de la metró-

polis—, le pone a cada uno en su sitio. Juntos pero no revueltos.

Se acabó la segregación, perdura la separación.

Con más de medio siglo de diferencia, White y Berger coinciden en que Nueva York no es una ciudad. Es una ciudad de ciudades. El mundo en un pañuelo. Bajo ese paraguas de la gran metrópolis, a los visitantes circunstanciales se les escapa que, en esa larga expansión geográfica, en esa abrumadora arquitectura, Nueva York se compone de pequeños vecindarios autosuficientes. No importa dónde se resida, en el entorno se encuentra cualquier cosa que uno pueda desear, en una interpretación literal de aquel famoso lema barcelonés de que «en el barrio hay de todo».

La vida es más local que internacional en el día a día, mucho más de lo que cualquiera se imaginaría.

La ciudad está forjada por sus propios mitos. Una vez superada la leyenda urbana de que los cocodrilos se mueven a sus anchas por el alcantarillado de Nueva York — cuando por naturaleza prefieren sestar—, el exceso de presión demográfica y el envejecimiento de una infraestructura que no es muy diferente a la época de White están socavando otro lugar común. Siempre se decía que el metro de Nueva York era decadente, pero funcionaba bien. Esta es otra certeza por revisar. Y en profundidad.

Al léxico común y corriente se ha incorporado la palabra *delay*, retraso. El intervalo que aparece en las pantallas de las estaciones entre tren y tren refleja, de forma más que reiterada, un cómputo de los minutos diferente al tradicional. Están compuestos por más de 60 segundos. El letrero de demora se repite de forma cotidiana. O los *stops* en medio del túnel y la voz en *off* que advierte que el parón se debe «al tráfico que hay delante», o la variante léxica de «estamos retenidos temporalmente por el regulador de trenes». O los descarrilamientos.